Amor, matrimonio, divorcio

Por ANGEL OSSORIO Y GALLARDO

Abogado. Ex ministro

Señores:

No necesitaba el insigne profesor Nóvoa Santos, honor del pensamiento español, colocarme en este último y amenazador aprieto en que me han puesto sus palabras, para que mi situación fuese ya de antemano muy comprometida. No cuando termine la conferencia (si es que llego a terminarla...), sino desde su proemio, una gran parte de vosotros estaréis murmurando: "¿Para qué habrán traído a ese *diplodocus*...?"

Bien sé que palabras y conceptos míos os van a parecer extremadamente añejos, ñoños y pasados de toda oportunidad, pero yo no he venido aquí a poner en contraste, ni mucho menos en antítesis, la juridicidad con la eugenesia, como vaticinaba el doctor Nóvoa Santos, quizá dejándose arrastrar de su humorismo norteño. Muy al contrario—desde ahora lo advierto—, mi propósito es conciliar la eugenesia con el espiritualismo. Podré o no podré conseguirlo, doctor Nóvoa, pero la intención es ésta.

Y otra dificultad que ha brotado inesperadamente. Todo lo admisible, para una parte de vosotros, de lo que voy a decir, todo aquello que pueda despertar cierta corriente de simpatía, todo aquello que, cuando menos, no suscitará la protesta muy enconada, está dicho ya esta tarde por la señorita Capdevielle, a quien hay que saludar como uno de los más agudos ingenios y de las culturas más simpáticas de la mocedad española. Ella ha hecho esta tarde, sin proponérselo, una mala obra conmigo, porque—lo diremos como los castizos—¡me ha *pisado* la conferencia...!

Renuncio, pues, al propósito de decir nada nuevo y voy a hacer otra cosa más acorde con mis posibilidades, que es poner la experiencia de mis canas al lado del juvenil ardimiento de la señorita Capdevielle. Como las canas tienen aquí un sentido metafórico, ni la señorita Capdevielle ni ninguna muchacha tienen que alarmarse.

El que entra en un curso de eugenesia experimenta cierta alarma

que yo quiero apuntar para borrar después, ya que, leyendo a Galton, se aprende que la eugenesia es la ciencia del mejoramiento de la especie humana. Y brota una curiosidad inquieta y alarmante... ¡El mejoramiento de la especie...! ¿Cómo? ¿Simplemente como el cruzamiento de los animales o la fecundación de las plantas? Con esta congoja se llega a este glorioso anfiteatro y el primer día se escucha con deleite, con peligrosísimo deleite, porque es cautivadora y engañosa, la disertación del Profesor Nóvoa con un título que ya es para preocupar: "Agresión y canibalismo de la sexualidad", y con una definición del amor sencillamente aterradora.

Acariciar, nos dijo el gran Maestro, es agredir, ingerir y asimilar... ¡Cualquiera cosa he creído yo que estaba haciendo cuando he acariciado en esta vida, menos estas tres funciones...!

Con un tono hiperbólico, muy propio de su agudeza, solemne en apariencia, zumbona en el fondo, nos decía el doctor Nóvoa que, cuando se dice "¡Te comería a besos!", se responde a un profundo sentimiento canibalista. ¡No hay que exagerar! Yo estoy seguro de que si fuera posible que el doctor Nóvoa, en aquellas ocasiones adecuadas para que él diga a la mujer amada: "¡Te comería a besos!", si por arte de taumaturgia se pudiera desprender del objeto de su predilección un trozo de carne y decirle al doctor: "¡Pues, tome usted...!", el doctor Nóvoa no se lo comería.

Estos términos hiperbólicos, exaltados, de una manifestación amorosa, me parece a mí que no tienen relación suficientemente directa con la agresión y con el canibalismo. Y todavía, al final de su conferencia, hizo el señor Nóvoa una afirmación, hoy recogida por la señorita Capdevielle, que llegó a desconcertarme. "En fuerza—nos dijo—de ser el hombre cada día más hombre y la mujer cada día más hombre también, retornaremos al punto de partida, volveremos a la androginia." Yo supongo que esto tardará algunos años y que me permitirá la ilusoria satisfacción, con que yo he vivido siempre, de no ser andrógino.

Otro día, el profesor don Luis Recaséns nos dijo que el instinto del hombre es el único que no se ha modificado por la civilización. Luego tendré ocasión de apuntar que a mí me parece que la civilización ha modificado ese instinto, como todo lo demás.

Y, en fin, otra tarde el simpático, cultísimo y avanzado escritor, don Ramón Sender, nos afirmó que siempre en el amor espiritual aparece en el fondo la preocupación religiosa, olvidándose de los grandes amadores que han sido totalmente indiferentes en religión. Nos afirmó también que el amor que comienza por el espíritu es un proceso de au-

toadoración. Estábamos, por lo visto, engañados los que pensábamos que el amor que comienza por el espíritu es todo lo contrario: es rendimiento. Poco después dijo que el hombre busca a la mujer y la mujer al hijo, cosa un poco depresiva para nosotros, a quien, por lo visto, no nos busca nadie.

También nos dijo que las leyes las hacen generalmente hombres cuyo instinto no les sirve para nada. Yo me acordaba de que vengo siendo legislador desde los veintinueve años, y... ¡vamos!, no quiero presumir, pero tampoco me rindo a esta aseveración. Y, en definitiva, lanzó este apotegma: "¡En el amor hay que iniciar la guerra al espíritu!" ¡La guerra al espíritu!

En fuerza de oír estas afirmaciones desconcertantes y de escuchar constantemente discursos sobre las hormonas y la maternidad consciente, y las limitaciones de toda especie, pensé yo en aquel Raimundo Lulio, el doctor ecuánime que renunció al mundo porque no pudo soportar los dolores de contemplar la podre cancerosa en el pecho de su amada. Y en aquella reina Doña Juana, que se obcecó en el dislate de llevar su amor más allá de la muerte; y en aquel marqués de Villamediana, que afrontó a sabiendas el asesinato regio por el pecado de haber picado muy alto en sus amores; y en Espronceda, que inmortalizó a la mujer con sus versos; en aquel Bécquer, el atormentado, y en Larra, el suicida, y en toda la falange inmensa de suicidas y de atormentados y de homicidas, y en toda aquella pléyade de poetas y de artistas que nos decía desde sus tumbas lejanas: "¡Eh, amigo! ¡Bien está todo esto... Es cierto lo que decís, pero en el mundo hay más, porque el hombre es materia, que es la que estáis describiendo, pero el espíritu vale más y nunca muere...!"

Discurría yo de esta manera, una vez más—porque discurriendo así llevo toda la vida—, cuando la otra tarde presenciábamos la proyección de la película que antecedió a la conferencia del señor Sender (1). Casi todos la contemplasteis y os acordaréis de ella. Yo advertí en ella dos partes: una de tipo espiritual, otra de interrogante dramático. Una muchacha joven se casa, sin duda por conveniencia, con un viejo rico y concupiscente. Durante la fiesta de la boda—a la que por cierto noté que no asistían más que artríticos, porque todos ellos eran unos hombres fuertes que comían de un modo feroz—ella da muestras de preocupación y de abatimiento. Y cuando se encierran en la alcoba nupcial

(1) Se refiere a la película rusa "La canción de la vida", de Granoswky. (N. de la R.)

ve con sorpresa que su marido se quita los dientes y los echa en un vaso de agua y ella escapa de allí y se lanza al mundo. Y en el mundo, se la presenta primero el trabajo: el trabajo. Es decir, un concepto espiritual y, después, la ley de solidaridad de las masas, de las que se quiere hacer un monopolio ruso, pero que no es sino el fundamento de la ley cristiana: todos los hombres somos solidarios en el concepto moral. Y, más tarde, prisioneros detrás de unas rejas, aparecen los personajes que han asistido al banquete conyugal, dominados todos por sus vicios. ¡Y así resultan plásticamente condenados!

¿Qué es todo esto sino sentido moral y espiritual, que podríamos suscribir todos? Pero, en la segunda parte de la película, la muchacha se *empalma* con un joven que está a la orilla del mar *in puris naturalibu* y, desde entonces, aquella pareja humana corre, salta, brinca alegremente, se revuelca por los prados, nada en el mar y, para que no quepa duda del sentido de la película, se intercala entre tan gratos menesteres la presencia de una pareja de elefantes, de otra de tortugas y otra de pingüinos. ¿Para qué? ¿Para elevar el concepto de la pareja humana? No puedo entenderlo así. A mí, en mis batallas políticas, donde tantas cosas me han pasado, me han llamado más de una vez "elefante" y "pingüino", y yo, ¡no lo he recibido como un homenaje, precisamente!... Pero viendo el esplendor de aquellas carnes jóvenes yo me preguntaba, honradamente atormentado, como el dramaturgo Ignacio Iglesias cuando creó una de sus mejores producciones: "¿Qué haremos de los viejos?"

Porque si el amor es eso, si el amor es eso: el enlace, el choque pujante de la carne joven y bella, ¿qué pasará cuando se borre la juventud, cuando la belleza se esfume? ¿Hombres y mujeres estaremos condenados a un dolor sin redención? ¿Hombres y mujeres sufriremos ya de una manera irremediable? ¿El mundo habrá acabado para nosotros, sólo porque no somos ya ni bellos ni jóvenes? ¡No! Los seres humanos que tengan un sentimiento delicado, protestarán ante esa eventualidad.

Mirad. Hace algún tiempo estaba en una vieja ciudad castellana, y en el paseo vi a una señora, todavía joven y guapa. Iba en un sillón con ruedas, de inválido: la empujaba el marido, un hombre de su edad, vigoroso aún. Hablaban sonrientes, alentados. Me interesó la pareja y pregunté a mi acompañante: "¿Quiénes son?" Y me dijo: "¡Ah! Constituyen un caso tristísimo. Ella lleva inválida diez años; no curará jamás. Su marido—está bien decirlo en este anfiteatro, era un médico—ha consagrado su vida a ella; en cuanto termina sus quehaceres profesionales, él empuja el coche de su mujer y él endulza sus días. Y así los vemos constantemente, así los verá usted cada vez que vuelva. Permi-

tiéndolo el tiempo, ni una sola tarde dejan de salir a paseo exhibiendo conjuntamente su desgracia y su ventura."

Pues escuchad esto, que es muy curioso: En el mes de enero de este año, dando yo unas conferencias en Barcelona, referí este mismo caso, y a los dos días, es decir, tan pronto como hubieron circulado en la provincia los periódicos que daban cuenta de mis palabras, recibí una carta de un señor desconocido que me escribía desde un pueblo de la provincia de Barcelona y me decía: "He leído lo que ha dicho usted y me he enterado del caso que ha referido de aquel matrimonio de una provincia castellana. Pues bien—copia literal de la carta—; hace veintinueve años que por amor hice mi compañera a una mujer imposibilitada de sus extremidades inferiores, sin fortuna y sin familia, pero con un alma delicada y sensible. Vivo, pues, consagrado a ella y ganando su pan y el mío, no fiándome de servidores que por mucho que se esforzaran no llegarían donde sólo puede llegar el amor. Como en la anécdota citada por usted, la saco a pasear en un cochecito y le empujo mientras dialogamos afectuosamente." ¡Si todos los hombres supiesen lo remunenador que es para el espíritu tener como divisa de nuestra vida ayudar a nuestros prójimos a llevar su cruz...!

Y ahora, omitiendo otros ejemplos y callando también en este caso los nombres que serán harto conocidos, os diré que hay una casa en Madrid donde yace con una espantosa dolencia medular un hombre que en España lo fué todo, todo, y que hoy no puede sostenerse en pie ni puede articular palabra inteligible, conservando, para mayor tortura, bien viril y completo su entendimiento. ¿Qué queda al lado de aquel hombre? ¿El poder? ¡Pasó! ¿La fortuna? Dicho sea en su honor, nunca la tuvo. ¿Los correligionarios? ¿Quién es correligionario del vencido? ¿Los amigos buenos? Por buenos que sean, ¿qué harán si él no puede hablar? ¿El trabajo? Ni ese consuelo tiene: no hay trabajo aceptable para su desgracia. A ese hombre sólo le queda un médico que, abnegada y generosamente, va todas las mañanas a ponerle una inyección con la que prolonga veinticuatro horas más su vida; y una mujer, su esposa, que le sostiene, que le alienta y que conlleva con él los días de tránsito doloroso con aquella intensidad con que conllevó en otros tiempos los días de ventura.

¿Dónde está el amor? ¡Yo digo que ahí! ¡Ahí!

¡Uniones libres, señorita Capdevielle! ¡Uniones libres, amigos comunistas! No lo voy a contradecir porque no vengo a eso esta tarde. Digo esto: La unión libre, ¿en qué se va a fundar? ¿En el mero espolazo del instinto? ¿En esta sensualidad que nos equipara a los irracionales? ¡En

el sentimiento, en el afecto! Y la señorita Capdevielle ya lo ha dicho también. Estamos en el mismo campo. ¡En el espíritu! ¡En el espíritu! ¡Qué más da una teoría que otra! Unos serán creyentes, otros serán incrédulos; unos se moverán por estímulos morales y religiosos, otros por estímulos de ingente bondad, pero es el espíritu el que enlaza los seres...

Quiero apoyarme también en unas palabras del doctor Noguera, con el cual quiero estar muy bien porque es mi empresario en esta empresa eugénica. Decía el doctor Noguera, sosteniendo la teoría de que la unión sólo debe subsistir en tanto subsistan los lazos sentimentales que fueron los que realmente la crearon y sin los cuales toda unión, tan íntima como ha de ser la del matrimonio, resultará hipócrita y adecuada para entrar de lleno en los dominios del delito. ¡Anarquista, señor Noguera, su afirmación; anarquista, pero espiritual!

Discrepamos en otras cosas, pero ya estamos en ese ámbito el señor Noguera, la señorita Capdevielle y yo. ¡Por lo menos! Y si el doctor Noguera quiere apartarse y dejarme solo con la señorita Capdevielle, ¡tanto mejor!

Y ahora quiero yo cumplir mi promesa de vindicar, en lo que dependa de mí, estas Jornadas Eugenésicas y todo el concepto de la eugenesia, porque aun cuando haya algún criterio extremado, alguna frase de materialismo demasiado acusado y aun cuando de ello puedan tomar pie ciertos adversarios de esta empresa para difamarla y condenarla, yo digo que la eugenesia no es eso y no lo ha sido nunca, en concepto de los autores de eugénica, porque siempre han defendido el espíritu junto a la carne y, por consiguiente, hay que proclamar el sentido de estos cursos para que no se extravíe el juicio y la crítica de un público desprevenido.

El profesor checoeslovaco, Ladislao Hackaveck, dice: "Yo he considerado siempre la necesidad y el valor del sentimiento eugenésico, no solamente desde el punto de vista moral y nacional". Del doctor Marañón, cuyas campañas en este sentido son harto conocidas, es la frase de que "la atracción sexual se superpone con frecuencia a las fuerzas espirituales del amor". El profesor Luis Huerta, que tan interesante intervención está teniendo en estas Jornadas, en su libro "Eugénica" dice: "El joven o la doncella que ama de veras, con espontaneidad y sin resabios, nunca relaciona su amor, lleno de poesía y de ternura, con el grosero deseo del acto carnal."

No tendréis al profesor Jiménez de Asúa por un hombre retardatario ni por un padre de la Iglesia. Pues Jiménez de Asúa, que es un limpio espíritu, dice en su estudio "Eugenesia y selección": "Cuando se hayan

barrido las trabas que ahora nos ligan a convencionalismos formulistas, el mejoramiento de las razas se cumplirá automáticamente. Y no sólo en su aspecto de vigor animal, sino en sus calidades de espíritu." ¿No oisteis el otro día al profesor Ruiz Funes, partidario también de las uniones libres, decir: "En el amor, lo físico y lo espiritual se complementan. Es un complejo biológico y estético"?

Al día siguiente decía el doctor Lafora: "No debe haber ninguna contradicción entre la sensualidad y lo ético. El amor ennoblece todo acto sexual. Este, sin aquél, es una prostitución".

Un escritor venezolano, don Fernando Amores, da esta explicación exacta del amor en un libro ha poco publicado, titulado "Fundamentos sociológicos de la eugenesia matrimonial": "El amor está primero completamente ligado al impulso natural y es casi siempre muy superficial; los rasgos espirituales no son en un principio sino accesorios: cada individuo no es para el otro sino una especie de simple instrumento de placer y de utilidad. Pero, poco a poco, a consecuencia de la existencia en común, la vida realiza una orientación en el sentido de que cada uno de los dos individuos adquiere para el otro un valor intrínseco de orden moral, que cada uno puede consagrar al bienestar del otro; más aún: que puede y está dispuesto a sacrificarse por él".

Vemos, pues, cómo el sentido de la eugenesia no se ha quedado restringido en un concepto puramente materialista, y que los autores de mayor solvencia hablan del ennoblecimiento del espíritu como medio, tan interesante como el fisiológico, para el mejoramiento de la raza. Pero me parece que en este punto ha dicho una frase definitiva la señorita Capdevielle en la conferencia de esta tarde y yo me he precipitado a apuntarla y no la perderé. Censurando el "flirt", que ella ha criticado con palabras severas, pero mesuradas, como convenía a sus labios, y que yo, porque tengo otro sexo y otro desenfado, calificaré de porquería, de indecencia, de infamia, de hipocresía, de engaño; ha dicho: "En el amor se va o no se va; lo que no es lícito es quedarse a mitad del camino".

Entonces, ¿es que el amor no responde al instinto? ¡Pues claro que responde! Lo primero en el amor—luego lo razonaré—es un movimiento instintivo; pero todo el significado, todo el alto significado de la vida humana, está en el ennoblecimiento de los instintos. El hombre no renuncia al instinto, ¡cómo va a renunciar...! Renunciaría a su propio ser. Pero no cede nunca meramente al instinto animal; es un instinto perfeccionado, depurado. Todos los animales tenemos el instinto de la habitación; esto es instintivo en el hombre como en la hormiga y en el topo,

pero allí donde la hormiga y el topo se contentan con hacer una excavación bajo tierra, y donde el pájaro se guarece bajo una hoja; y donde la cabra, si la sorprende un turbión de agua, se apoya en la tapia que encuentra más próxima, el hombre ha elevado el instinto de la habitación hasta constituir un verdadero complejo de artes bellas que es la Arquitectura. La alimentación, ¡qué duda cabe que es el primero de los instintos! Pero así como los animales devoran llegando hasta asimilar sus propias deyecciones, el hombre ha hecho de la comida otro arte, no sólo en cuanto a la confección de los guisos, no sólo en cuanto al arte de utillaje, sino también tomando la comida como pretexto de comunicaciones espirituales, y sobre este instinto primario se ha elevado toda una ciencia que hasta el otro día no supe yo que se llamaba "Bromatología", aunque siempre que los médicos me advierten cuál ha de ser mi régimen alimenticio, ya me doy cuenta de que ello es cosa de *broma.*

Pido, pues, plaza en este certamen para hablar de la eugenesia moral; pero no cumpliría con mis deberes, al menos no sería franco, si dejara de comentar las conferencias que he escuchado, mejor dicho, comentar el sentido general de todas ellas.

En estas Jornadas Eugénicas se han trazado, se han delimitado dos cotos. Hay uno que fácilmente logrará el asenso de todo el mundo. Es aquel en que se derrochan prevenciones morales y preceptos higiénicos: lealtad en las relaciones de los sexos, cuidado médico de las enfermedades venéreas, certificado prenupcial (aunque en el certificado prenupcial no cree todo el mundo por la extrema ductilidad de los médicos), abolición de la prostitución, combate contra el donjuanismo y contra el desdoblamiento amoroso.

Reconocemos que al propagar estas ideas los conferenciantes de las Jornadas realizan una labor de educación tan elevada, tan general, tan amplia, que no suscitará contra ella ni un solo detractor, y que España debe a estos organizadores y a estos profesores y a todos los que habéis intervenido en el Curso, un avance educativo en el problema sexual, y al lado de ellos debemos estar todos, sin vacilaciones, con entusiasmo.

Queda el segundo coto, que es donde me esperaba el doctor Nóvoa Santos: Unión libre, esterilización, aborto, métodos anticoncepcionales,

Pero yo en todo eso que voy a comentar, contando las palabras—porque no soy teólogo ni biólogo—, me falta autoridad y título para entrar en el examen de estas cuestiones. Como soy católico, acepto la doctrina de la Iglesia y reconozco en ella que ningún deleite puede ser fin en el hombre, aunque sea medio, y que, siendo naturalmente respe-

table la comunicación carnal, la castidad significa un grado más elevado de depuración, lo mismo que, siendo natural nutrirse, la abstinencia representa otro grado superior. (*Una voz*: "*¡Miau!*")

Recojo ese elegante "*¡Miau!*", no sólo sin enojo, sino con gratitud, porque yo conté con que me ladrarían mucho, y sólo me mayan... Sin embargo, su autor me dispensará que no pueda entrar con él en diálogo, porque mi situación me dificulta enfrentarme con ese género de manifestaciones. Para esto tengo yo un gato, pero no lo he traído hoy.

Al decir lo que he dicho, yo sé que cuento, bromas aparte, con la disconformidad de muchos, pero con el respeto de todos, porque yo he hablado de mis sentimientos como católico y a nadie he tratado de imponerlos.

Pero ahora vamos a detenernos en dos tendencias que contiene ese problema. Yo he dicho que, a mi juicio, la Iglesia tiene razón, y sienta la doctrina perfecta; pero tiene un inconveniente, y es que la naturaleza humana es suficientemente rebelde para no cumplirla. Pero, entendámonos: una cosa es aceptar una doctrina como buena y otra cosa es reconocer la propia debilidad para no poderla cumplir.

Yo, lo que no consiento—y con esto recojo unas ideas expuestas por el señor Ruiz Funes el otro día—es la hipocresía. Y aquí, en esto, digo: Hay dos hipocresías paralelas. Hay personas que se meten en dogmatizar en nombre de la Iglesia católica, cuando la Iglesia no les ha concedido esos menesteres, condenando con palabras de severidad ardiente a los que no tienen hijos sin límite, sin tener valor bastante para renunciar al disfrute de los deleites de la naturaleza. Pero yo me pregunto cuando oigo a muchos esta censura: ¿Y qué has hecho tú? Porque por todas partes vemos matrimonios en que la mujer es bella y apetecible, el marido vigoroso y sano, positivamente se quieren y se entienden bien y, sin embargo, sólo tienen cuatro hijos, tres, dos, uno... ¿Qué es eso? ¿Con qué autoridad, con qué título se juzgan ellos representantes de la doctrina de la Iglesia, que es buena en los textos de la Iglesia, pero que es profana en sus labios? Y la segunda hipocresía es la contraria. La de aquellos que, limitando el número de hijos por capricho, por egoísmo, se amparan en aquellos tratadistas, en aquellos médicos y dicen: "Yo practico la eugenesia; me lo han enseñado los doctores". Y mientras el pueblo, el pobre pueblo, cumple la ley de la reproducción con un heroísmo que asombra y que conmueve, abundan por ahí las señoritas estilizadas que dicen que no quieren tener ningún hijo, o a lo sumo aceptan uno, porque dicen que quieren conservar la línea. Pues digamos con Marañón en uno de sus estudios: "Todos y cada uno que afronten su

responsabilidad ante la sociedad—ante Dios los creyentes—, pero que no se escuden los unos y los otros, para disimular y borrar sus concupiscencias, en los textos sagrados y en los libros de eugenesia."

Varias notas traía acotadas de médicos ilustres que han denunciado la escasa base científica que ofrece todavía la ley de la herencia para limitar el número de nacimientos. Renuncio a leerlas porque el tiempo avanza y me quedan todavía muchas cosas por tratar. Pero hay una cita a la que no quiero renunciar. Se refiere a una conferencia del Primer Curso Eugénico Español, a la del señor Sanchís Banús.

¡He nombrado al profesor Sanchís Banús! Permitidme una divagación brevísima en homenaje a su memoria: Profesor culto, celoso y de amplia mirada, profesional correcto, digno, sencillo y desinteresado, hombre de conducta ejemplar. Cuando se asomó a la política y acudió a las Cortes Constituyentes militando en el partido socialista, dió ejemplo en sus intervenciones de elevación de espíritu, de rectitud, de mesura, de bondad, de competencia, y los compañeros del Parlamento que están aquí seguramente no habrán olvidado la gran impresión que los discursos del doctor Sanchís Banús produjeron en toda la Cámara. Murió ejemplarmente, como había vivido. Su existencia ha sido un ejemplo. Su memoria merece ser reverenciada; sus obras no olvidarse nunca. No quiero caer yo en el hábito, poco convincente para mi gusto, de pediros para su memoria un minuto de silencio; yo, al contrario, os pido para la memoria gloriosa del señor Sanchis Banús un aplauso férvido y entusiasta.

Pues Sanchís Banús dijo en aquel Curso estrangulado: "Si nosotros propugnamos por que cada cual deba fijar el número de hijos que pueda educar y mantener, estemos bien seguros de que la cifra será mucho más baja de la realidad. ¿En qué nación se le permite al contribuyente fijar por sí mismo su capacidad tributaria?"

Dejemos eso y pasemos a apuntar unas bases de eugenesia moral. Nuestros aforismos son breves y pocos.

Primer fundamento de un buen matrimonio: Que se origine por un impulso instintivo. ¡Ah!, dirán algunos aristarcos: ¡contradicción! ¿Pues no está hablando ese señor del espíritu como cosa primordial y apoya ahora lo opuesto?

No hay contradicción; es por la ley de evolución que acabo de explicar. El amor nace, primero, en el instinto; ésta es la paradoja: que el instinto es lo espiritual y que lo que no es instinto es lo grosero. Me explicaré:

Un hombre no debe dirigirse a una mujer, ni una mujer aceptar a

un hombre sin decirse previamente: "¡Me gusta!" ¿Porque esa mujer es la más guapa? No. Y a propósito. Y lo digo como inciso, en defensa de la espiritualidad del amor. ¿No habéis reparado nunca en el éxito de las feas? Cuántas veces se dice: "¡Fulano engaña a su mujer! ¡Parece mentira, teniendo una mujer tan guapísima! ¡Y sin embargo, se ha *enredado* con una tal, que no vale nada, que es muy fea!" ¿Qué es esto? ¡El espíritu, lo espiritual! Porque el que conoce el matrimonio por dentro sabe que esa mujer bellísima es tonta y que, en cambio, la amante fea es una mujer de talento que se adapta perfectamente a las condiciones del marido.

El amor tiene que entrar por el "me gusta", por el *flechazo* en que muchos no creen, pero que da la casualidad de que los que protestan del *flechazo* son los panegiristas del instinto, lo cual no entiendo. Estos son los que dicen: "Voy a hacer esta mujer mía porque me gusta, porque me atrae". A esto muchos le llaman materialismo. ¡Ah! Materialismo no es esto. Materialismo es el de esos pollitos que dicen: "La verdad es que esa chica es fea como un coco, pero su papá tiene dinero y además ahora está en candelero: casándome con ella es posible que me pueda dar un destino y me resuelva el problema de la vida". Materialismo es el de esas conversaciones de familia en que la madre le dice a la hija: "¿Por qué no le haces caso a Fulano?" "¡Porque no me gusta; porque es un hombre muy raro y muy feo!" "¡Déjate de tonterías; es un muchacho que tiene premio extraordinario en la Licenciatura y está llamado a crearse un gran porvenir y puede hacerte feliz!..."

Todo esto es materialismo también.

La primera impresión es la del instinto; el amor empieza por el "me gusta", por el *flechazo*. Lo que pasa es que el instinto no es en nosotros irracional. Después viene la condición humana y el ser humano dice: "Sí; a mí esta mujer (o este hombre) me gustaba y la encuentro los mismos méritos físicos que antes, pero luego me he dado cuenta de que tiene el corazón duro, la inteligencia cerrada, la voluntad demasiado firme, la educación escasa... lo que sea... pero ya no me atrae esa mujer...", o "ya no soporto a ese hombre". El espíritu ha hecho su obra de perfeccionamiento, de educación del instinto, pero la primera palabra, el primer impulso, es el instinto.

Segunda condición para el matrimonio: la disparidad de caracteres. El profesor Huerta, a quien antes cité, dice en uno de sus libros: "Debe reunir la pareja la llamada *armonía de contraste* para que el matrimonio sea eugénico y feliz. Consiste esta armonía de contraste en que cada individuo reúna caracteres físicos y psicológicos opuestos."

Esto es de una gran necesidad y se entiende fácilmente. Si el marido es efervescente, conviene que la mujer sea tímida y reposada; si la mujer es gastadora, importa que el hombre sea buen administrador; si el hombre acomete demasiadas empresas, conviene que la mujer sea timorata y un poco asustadiza, y viceversa en todas las cosas; pero si los dos son de un modo idéntico gastadores, efervescentes, laboriosos u holgazanes, asustadizos, el matrimonio tiene pocas probabilidades de marchar bien.

Pero esta discordancia tiene que ir acompañada de otra condición, que es la tercera base fundamental para un buen matrimonio: la identidad de la educación. Porque si las educaciones del marido y de la mujer están desniveladas, se produce en el matrimonio una de aquellas dificultades más difíciles de resolver. Yo he visto soportar hombres mujeriegos, jugadores, hombres ebrios, hombres viciosos, en una palabra, pero hombres mal educados no hay mujer que los soporte.

Toda aquella fraseología tan característica en España de: "Las mujeres no entienden de esto", "Esto no es para mujeres". que comentaba el doctor Juarros en una de sus conferencias, no significa otra cosa sino un desnivel de educación; y un desnivel de educación en el matrimonio es una cosa insoportable. Por eso, yo recomiendo siempre a los novios que, después de mirarse, después de fijarse en la cara, examinen la educación, porque de ella va a depender la convivencia o la imposibilidad de convivir en el matrimonio.

Otra de las circunstancias importantísimas para llevarse bien un matrimonio, es la compenetración en el trabajo. Es indispensable que la mujer esté compenetrada en el trabajo de su marido. Es horrible, horrible, el dolor del hombre que se encuentra solo en su labor y entrega su esfuerzo, su tiempo, su energía y su salud a crear, si tropieza con que la compañera de su vida, su dulce compañera, no se interesa poco ni mucho por su creación.

La compenetración en el trabajo es, además, un tema inagotable de conversación. Las parejas humanas se dividen en dos categorías: las que después de amar. hablan, y las que después de amar no tienen nada que decirse. El secreto de la dicha está en que después del máximo transporte amoroso quede siempre un tema que tratar, algo que comunicarse, que disimule o evite el cansancio, la fatiga o el tedio. Y esa comunicación no la da más que la compenetración en el trabajo. Mujer que no entienda el trabajo de su marido servirá para amar, para procrear, será una buena paridora si se quiere, pero verdadera esposa, no.

La última y trascendental condición de eugenesia moral es el sen-

tido de la abnegación. Los ejemplos que antes os expuse me excusan de discurrir más sobre este extremo. El que entra en una unión amorosa, matrimonial o extramatrimonial, sin espíritu de abnegación, sin ser capaz de un sacrificio hacia la persona amada, será un gozador, será un egoísta, será un sufragador de gastos, pero un enamorado, no. Porque la vida no es siempre dulce y alegre. Sin necesidad de llegar a la vejez, brotan las angustias económicas, las dolencias, las complicaciones familiares, tantas y tantas cosas que, si no está el espíritu preparado para acometer esos grandes tropiezos con buen ánimo y con fortaleza para la abnegación, el matrimonio, la unión—sea cual sea—, será un desastre.

Es decir, que iniciándose la relación matrimonial por el instinto, ha de cristalizar y ha de desenvolverse con un predominio del espíritu, predominio que no se alcanza plenamente sino con la monogamia y con la fidelidad.

Sobre este punto traía yo muy buenas notas—puedo elogiarlas porque no son mías—, pero ya ha hecho el elogio de la monogamia la señorita Capdevielle, que lo ha tratado admirablemente, y no me atrevo a repetirlo. Acordémonos, por ser muy conocido de todos, del texto de aquella explicación del doctor Marañón: "La relación sexual se dirige en las especies inferiores a cualquier cosa, sin distinción de sexo; después al sexo contrario, sin distinción de individuos; luego a un grupo especial de individuos de aquel sexo que tiene ciertas características y, en el grado máximo de depuración y de elevación, a un ser determinado". ¿Por qué? Porque llena el apetito del cuerpo y el apetito del alma y no se puede vivir en una unión íntima disociando estos dos elementos.

Dejemos esto porque el tiempo apremia y ahora tengo que meterme resueltamente, ardorosamente, completamente, en la boca del lobo...

El divorcio. Yo combato el divorcio. ¡Pero, en fin, vosotros no vais a ser más crueles que mis compañeros del Parlamento, y yo en el Parlamento he sostenido esta misma doctrina... y aún estoy vivo...!

A mí me parece que el tema del divorcio se enfoca siempre desde un punto de vista parcialísimo y egoísta, porque no se habla nada más que del derecho a la felicidad de cada sujeto. ¡Ah! ¡Si no fuera más que esto, todos divorcistas y encantados...! Si a mí me dice mi clienta doña T. que su marido es irascible, violento, que cuando está en la mesa se hace poner un periódico para leer mientras come, que no la atiende y que ella no puede vivir de esa manera, diré: "¡Tiene razón doña T.!" Si a mí me dice mi excelente amigo don H., que su compañera, que su mujer flirtea con el vecino de al lado y que él no quiere consentirlo, diré: "¡Tiene razón don H.!" Mientras veamos las cosas de un

modo personal, el divorcio es de una necesidad indiscutible. Pero ¿y la sociedad? ¿Quién aboga aquí por la sociedad? Porque en todos los fenómenos de convivencia social se dan dos manifestaciones: la que importa al sujeto y la que importa a la sociedad. Y a mí me maravilla que en estos tiempos de comunismo, en que se habla a todas horas de los derechos individuales en relación con la colectividad, en relación con el interés colectivo, al hablar del divorcio nadie recuerde el interés social.

Un señor compra una finca con arreglo al Registro. Si luego resulta que el que la ha vendido la adquirió por malos títulos, no importa; la finca queda bien comprada. ¿Por qué? Porque si se pudieran deshacer todas las ventas de fincas, aun las de aquellas que se han hecho con arreglo al Registro, no habría crédito inmobiliario en un país, nadie compraría ni vendería. El que compra unas acciones en Bolsa por mediación de Agentes, adquiere su propiedad aunque las acciones vengan de mala procedencia. ¿Por qué? Porque por encima de las divergencias de las personas que las poseyeron y las que las compran, está la necesidad del crédito público, y el Estado se preocupa de que quienes adquieran valores tengan la seguridad de que por ninguna causa serán molestados por el mero hecho de haberlas comprado.

Pero ¿para qué me fatigo y os fatigo con estos ejemplos de tipo jurídico que no van a ser del agrado del doctor Nóvoa Santos? Porque yo no quiero enfadarme con él ni con nadie; estoy deseando desde hace mucho tiempo—mejor dicho, toda mi vida—llevarme bien con todos y no lo consigo.

Me limitaré a un ejemplo urbano. Este ejemplo nos lo da el guardia que dirige la circulación: Levanta una mano y cruzan los peatones. Levanta otra mano y cruzan los vehículos e inmediatamente dejan de pasar los peatones. Claro está que entre éstos hay una gran parte que tiene motivos poderosísimos para cruzar y que dirían al guardia: "Yo tengo a mi padre enfermo y tengo necesidad de cruzar en seguida porque voy por una medicina para llevársela". Otro le diría: "Yo soy un empleado que he de firmar sin falta la lista, porque si no, voy a perder el sueldo o el jornal del día de hoy". Otro le diría: "Yo soy estudiante y no quiero perder un minuto de la explicación de clase"—claro que éste es el caso menos frecuente—; y, por último, habría quien le diría: "Yo tengo una necesidad fisiológica ineludible e inaplazable"... Todos, en fin, tendrían razón, pero el guardia, aquel modesto guardia, que es toda la ley en aquel momento, y todo el poder del Estado, y toda la ley de convivencia social, y... ¡perdón!... toda la juridicidad..., aquel guardia dice: "Si yo dejo pasar a uno porque va a buscar la medicina

para su padre, al otro porque va a toda prisa al trabajo, al estudiante porque va a clase y al que tiene la necesidad fisiológica porque no puede esperar, la circulación será un verdadero barullo y morirán aplastados el estudiante, el empleado, el que tiene a su padre enfermo y todos". Luego, evidentemente, piensa que debe sacrificar una parte de todos ellos en beneficio del concierto y del bienestar de todos.

Ya sé que esto que estoy diciendo no gusta, pero precisamente por esto tiene tanto valor, porque no gusta... (*Una señorita interrumpe: "¡Sí nos gusta!"*) Pues bien, a esa dama que tan amablemente me ha interrumpido yo le quiero dedicar de un modo expreso un recuerdo evangélico en honor de la mujer y de la indisolubilidad del matrimonio. El Deuteronomio dice en su libro XXIV: "Si un hombre dejare de hallar gracia en su mujer, la pondrá en la mano el libelo del repudio y la despedirá de su casa". Este era el Antiguo Testamento: la mujer fea, la mujer de que se cansaba uno, aunque fuera bella, era despedida y lanzada del hogar. Y en el Nuevo Testamento, los fariseos, que eran unos señores de mucha cuenta y que por eso han dejado larga descendencia, los fariseos, digo, le preguntaron a Jesucristo: "¿No es verdad que con arreglo a la Escritura el hombre que haya dejado de hallar gracia en su mujer la pondrá en la mano el libelo del repudio y la despedirá de su casa?" Y Jesucristo contesta: "¿No habéis oído nunca que el hombre se unirá con su mujer y serán los dos una sola carne? Pues lo que Dios une, el hombre no lo separa." De ahí surge la indisolubilidad del matrimonio como homenaje a la mujer, y ya no puede ser repudiada como lo era en el Código de Manú, con arreglo al Antiguo Testamento, por fea ni por vieja, porque se ha votado una ley del matrimonio que no sólo es la procreación, que no sólo es engendrar hijos, sino que es la convivencia, la compenetración, la espiritualidad, pero para eso necesitó Jesucristo elevar a la mujer... Por eso yo me explico que haya fariseos que renieguen contra esto que estableció la indisolubilidad del matrimonio, pero que haya mujeres que se opongan a ello, eso, la verdad, yo no lo concibo.

En fin, dejemos las Escrituras y vamos a los escritores.

Pero, para no echarlo todo en la cuenta de un viejo espiritualista y creyente, os voy a citar unos textos que yo creo que no repudiaréis.

Compte, el fundador del positivismo, establece la primera noción de la perpetuidad social enlazando el porvenir con el pasado. Es Herriot, Herriot, el jefe del nacionalismo francés, quien dice en su magnífica obra "Crear": "Una nación no es una colección de individuos, sino una agrupación de familias que se encadenan. La unidad organizada no es el individuo, es la familia". Y el propio Compte, en otro lugar, dice: "Ninguna intimidad puede ser profunda sin concentración y sin perpetuidad, pues la sola idea del cambio provoca el cambio".

¡Qué enorme verdad...! La contemplamos los que manejamos a diario las entretelas de la Humanidad... Los consultantes del divorcio nos dicen, en el diez por ciento, cosas sensatas, necesarias; en el otro noventa por ciento no se oyen más que necedades reveladoras de egoísmos y de incomprensión. Yo no he olvidado nunca aquella señora empeñada en divorciarse de su marido porque éste, que era un artesano muy distinguido y que tenía fortuna, tenía la manía de comprar bellos libros viejos. Aquella mujer no podía soportar que invirtiese el dinero en esto y no comprendía que su marido—que era un sombrerero—tuviese aquella gran afición a los libros, que significaba el vehemente deseo de elevar su nivel cultural, y se empeñaba en divorciarse porque no podía soportar aquel gusto, aquella manía.

Hace poco tiempo se casó una pareja un poco madura, no vieja y, como en la película del otro día, al llegar a la alcoba nupcial, la señora se despojó de muchas cosas y, por último, de una transformación. El marido no se llama a engaño: le dice simplemente que se la ponga y la mujer—¡qué espíritu femenino tendría!—hace cuestión cerrada de no ponérsela... El uno: "¡Que te la pongas...!"; la otra: "¡Que no me la pongo...!" Y hasta ahora... ¡Se han divorciado!

La posibilidad del cambio provoca el cambio. Cuando nos dicen que la puerta está abierta, sentimos una tentación de salir que no sentiríamos si estuviera cerrada. (*Varias voces femeninas: "No, no...!"*) ¡Ya dije yo que se iba a armar una...!

El señor Ministro de Justicia ha dado anteayer a los periodistas una nota del número de divorcios tramitados en un año, que asciende a 4.494. No hay que asustarse de esta cifra porque hay que reconocer que de estos 4.494 divorcios, la mayor parte son liquidación de viejas situaciones, son gentes que vivían separadas ya desde hace quince o veinte años y que ahora han normalizado jurídicamente su situación. Por eso no hay que asustarse. ¡Ah! Pero sí asusta una realidad que yo conozco. No habría por qué asustarse si la estadística tendiese a disminuir, pero el resultado de esa misma estadística indica que la cifra no tiende a disminuir, sino a aumentar, y muy acusadamente. Ya lo creo que aumenta y aumentará, como ha aumentado en todas partes... Y si no, fijaos cómo esta cifra de pleitos de divorcio se ha aumentado en todos los países considerablemente desde su implantación.

En Inglaterra, durante el año 1928, fueron reconocidos jurídicamen-

te 3.740 divorcios. El año anterior sólo hubo 3.190. En conjunto, se cuenta un divorcio por cada catorce matrimonios. Sin embargo, en los Estados Unidos, es de uno a siete.

Estadística del Canadá: Del año 1840 al 1867, en veintiocho años, hubo cuatro divorcios; del 1867 al 1900, treinta y dos años, 75; del 1900 al 1905, cinco años, 24; del 1906 al 1910, cinco años, 73; del 1916 al 1920, cinco años, 207; del 1921 al 1925, cinco años, 597; del 1926 al 1929, cuatro años, 709.

Estadística francesa: Del 1884 al 1894, diez años, 1.657; del 1894 al 1904, diez años, 7.891; del 1904 al 1913, diez años, 10.860; del 1913 al 1916, 16.353; del 1920 para acá ya empiezan a influir las consecuencias de la guerra: 3.370; el 1921, 29.830; el 1922, 24.507; el 1923, 32.271; el 1924, 21.030; el 1925, 20.002, y el 1926, 20.006.

¿Vosotros creéis que una sociedad no padece nada con esta disgregación de familia? El tiempo nos lo enseñará. El tiempo nos lo enseñará, porque ya todos los pensadores, los más sesudos pensadores norteamericanos, reconocen que uno de los elementos de disgregación social que allí se padecen es la cantidad notablemente considerable de hijos de divorciados que se han criado sin lazos, sin vínculos, sin ataderos con nada ni con nadie, entregados a sus propias fuerzas y creyendo en la fuerza educativa de la comunidad del trabajo. Gentes que lo han experimentado opinan así. Permitidme que yo comparta con ellos este juicio.

No quiero razonar más sobre el tema porque comprendo no sólo que no he de convenceros, cosa que nunca he pretendido, sino que sinceramente os desagrado, y yo no he venido aquí para dar un mal rato a nadie. Pero quiero, para terminar, mostraros, como los prestidigitadores, cuál es el secreto de este pequeño juego de manos que ha sido mi conferencia de esta tarde.

Yo defiendo el amor, defiendo el matrimonio indisoluble y ataco el divorcio, porque he vivido siempre preocupado, y cada día más, de los valores morales de la Humanidad, de las fuerzas del espíritu; porque donde dimiten o son lanzadas las fuerzas del espíritu, fatalmente, inevitablemente, ocupa su lugar el pragmatismo, es decir, la fuerza de los hechos, el hecho negativo del idealismo, la renuncia a toda elevación moral, el poder por el poder, el "¡Viva quien venza!" Políticamente, el fascismo; y eso, ¡no!

Cuando una sociedad se habitúa y se educa diciendo: "Cada cual puede hacer lo que pueda e imponerse a los demás hasta donde lleguen sus fuerzas, porque no hay ataderos ni limitaciones, porque lo importante es gozar, mandar, vivir, sobreponerse"; cuando un pueblo coloca su espíritu en ese renunciamiento de los valores morales, es rendido, cohibido, esclavizado por el más fuerte, por el más audaz, por el más violento, por el más intemperante, por el duro y desconsiderado, y los ejemplos que tenemos hoy en Europa son bastantes para mantener viva la alarma junto a la indignación y para agotar cuantas fuerzas se tengan luchando por el valor del espíritu frente a materialismos, frente a la persecución del poder y de la fuerza...

No sé si hay pocos o muchos españoles que compartan todavía estas mis ilusiones de viejo, que me han acompañado desde mi infancia. Yo no dimito. Yo no renuncio a ellas y Dios me permita tener todavía fuerzas de convicción y alientos bastantes para que, cuando llegue mi último suspiro, yo pueda todavía consagrarme a dedicar mis palabras finales a la defensa del amor y de la libertad...